
MI VIDA, NUESTRA HISTORIA

Sierra Gorda y Baquedano en los ojos de
sus adultos mayores





Trabajadores de la pampa salitrera, principios del siglo XX.

Este libro fue producido por Minera Centinela en el marco de su programa "Centinela Junto a Ti", que se desarrolla en Sierra Gorda y Baquedano, y por Fundación Casa de la Familia.

Todos los derechos de esta publicación son de Minera Centinela y Fundación Casa de la Familia. Prohibida su reproducción sin la autorización escrita de los autores.

Producción general: REDO Ltda www.redo.cl

Edición General: Yuri Rojo

Redacción y Edición: Karen Klenner

Investigación y entrevistas: Fundación Casa de la Familia

Coordinadoras "Centinela junto a ti": Rosa Salas y Florencia Marinkovic

Fotografías: Víctor Burgos

Diseño: Josefina Labbé

Sierra Gorda, diciembre, 2015

Agradecimientos

Nuestros agradecimientos especiales a la Municipalidad de Sierra Gorda, a la Fundación Cultural Sierra Gorda y a Cristián Puga, gerente de Asuntos Externos y Sustentabilidad de Minera Centinela, por haber ayudado a la materialización de este proyecto.

Además, queremos dar las gracias a todos los vecinos de Sierra Gorda y Baquedano, quienes compartieron generosamente sus historias.



Mirar el pasado para construir el futuro

Una de las herencias más preciadas de nuestro pasado es el patrimonio, el que a través del relato o la costumbre desafía el paso del tiempo para contribuir en la generación de arraigo, conocimiento y cercanía por la tierra que nos acoge y que moldea nuestro espíritu, carácter y capacidad de construir el futuro.

Porque patrimonio tiene que ver con la base que constituye nuestra identidad, lo que nos singulariza de alguna manera y que puede ser de naturaleza material e inmaterial, entre otras dimensiones, transitando por un edificio histórico, un libro o un relato oral.

En nuestras comunidades, como en Sierra Gorda y Baquedano, los vecinos más antiguos, aquellos que han crecido y se han desarrollado al alero del desierto más árido del mundo, en la soledad de la pampa, nos heredan valiosos testimonios de vida los que plasmados en el libro “Mi vida, nuestra historia” podrán ser transmiti-

dos a las nuevas generaciones, especialmente a través de la lectura y la reflexión educacional en las escuelas de la comuna.

Por ende, entendemos que estas actividades, como este libro testimonial, son claves porque ayudan a incorporar la temática del patrimonio en la vida social de nuestras comunidades, generando reconocimiento y valoración.

En esta senda, Minera Centinela, del grupo Antofagasta Minerals, hace este aporte como una forma de poner en valor la capacidad creativa de la comunidad y su memoria colectiva, porque Sierra Gorda y Baquedano son parte importante del devenir histórico, económico, social y minero de la Región de Antofagasta y del país.

André Sougarret
Gerente General Minera Centinela

Por siempre, gracias

La historia de un pueblo la escribe su gente, con sus costumbres y tradiciones, con sus anhelos, penas y alegrías. Así, el pasado va cimentando los deseos de un presente que se convierte, día a día, en los sueños de las futuras generaciones.

Sierra Gorda posee un rico pasado, lleno de anécdotas que hablan de una vida memorable, tranquila y hoy tenemos la posibilidad de conocer esos relatos y traerlos a nuestro presente, de la mano de nuestros abuelos, de nuestros padres, tíos, amigos y vecinos.

Los tesoros más increíbles están en la memoria de nuestros adultos mayores y son ellos quienes nos abren la posibilidad de conocer nuestras raíces y nos enseñan a valorar esta tierra que es nuestra y que es reflejo de una vida de esfuerzo.

El legado cultural y vivencial plasmados en este libro, nos permite darle un significado aún mayor a lo difícil que ha sido construir el sello que caracteriza a esta hermosa comunidad.

Este registro será, sin lugar a dudas, un testimonio único para las futuras generaciones sobre cómo estos pro-

tagonistas fueron capaces de darle vida a este desierto indómito. Confío en que sus narraciones –cargadas de alegría, sacrificios y dolores- permitirán que nuestros niños y jóvenes sientan y vivan con más fuerza nuestra identidad y se conecten con ella.

Hoy estamos avanzando, a tránsito acelerado, hacia un futuro mejor y más próspero, sostenido en el esfuerzo entregado por nuestros antepasados. Ese porvenir será su mayor herencia y estas páginas rescatan la esencia y el espíritu propios de nuestra gente.

A todos quienes han abierto las puertas de su memoria para compartir un pedazo de historia, quiero expresar mis más infinitas gracias, por permitirnos registrarla y compartirla, por permitirnos emocionarnos y redescubrirnos, en cada relato, en cada recuerdo, en cada sonrisa y en cada lágrima emocionada que refleja el sueño de rescatar lo mejor de una época gloriosa.

Infinitas gracias, a quienes hacen posible que hoy las emociones confluyan y nos transporten hacia un pasado que no debemos olvidar.

José Guerrero Venegas
Alcalde de Sierra Gorda





Queridos amigos,

Como Fundación nos sentimos sumamente complacidos en poder presentarles este libro "Mi Vida, Nuestra Historia" que es, sin duda, el resultado de un arduo trabajo que hemos realizado durante todo este año por encargo de Minera Centinela, dada la inquietud y el interés de los vecinos de contar su historia a las nuevas generaciones.

Al recorrer las páginas de esta publicación, podemos encontrar la historia de quienes son hoy los adultos mayores de Sierra Gorda, contada con sus propias palabras y construida con sus recuerdos. No pretende ser un libro de historia de la comuna, pero sí contribuir a la conservación de la memoria de este lugar del desierto chileno.

Cada uno de sus protagonistas, generosamente, nos abrió su casa y su vida para compartirlas no sólo con nosotros de la Fundación, si no con todos quienes tengan la oportunidad de tener esta publicación entre sus manos.

Estas historias tienen un valor incalculable porque son los recuerdos de unos ojos cansados, pero que destellan al recordar cómo ha sido su vida. Las vivencias de unas manos ajadas, que se emocionan, se unen y aplauden, al escuchar olvidados cuentos.

Volcamos la temática de nuestros talleres para facilitar la recopilación de información. Cada actividad que realizamos nos entregaba una pista que a la vez nos llevaba a otra y así sucesivamente fuimos construyendo un puzzle de historias, relatos y vivencias.

Estas palabras y letras son únicas. Nos alegra y emociona el haber aportado nuestro grano de arena en formar tan lindas historias, que sin duda estarán de esta manera presentes para las nuevas generaciones y contribuirán a que las historias de Sierra Gorda perduren en el tiempo.

*Jaime Lavín
Gerente General
Fundación Casa de La Familia*



PROYECTO CULTURAL
DE ANTOFAGASTA
HOMBRE PABO / LA MIE
DE SIBEROS Y ESPERANZAS
SERVO CON SU



CENTINELA
ANTOFAGASTA MINERALS





INTRODUCCIÓN

La historia de Sierra Gorda y Baquedano
en los ojos de sus adultos mayores.

Esta historia comienza a fines de la década de los años treinta y principios de los cuarenta, fechas en que nacen los protagonistas de este libro. Algunos en la zona, otros en ciudades lejanas y, por razones que van contando en este relato, llegan a asentarse a Sierra Gorda y Baquedano, poblados emblemáticos de la Región de Antofagasta.

Son familias completas, muchas de ellas numerosas, cuyas vidas se desarrollaron en este rincón del desierto de Atacama, el más árido del mundo. Generaciones que tienen su corazón arraigado en este paisaje nortino y cuyos recuerdos están puestos a disposición de todos quienes quieran conocer su pasado, incluidos sus propios descendientes.

*La comuna de Sierra Gorda, en los años 70'
Fotografía gentileza del poeta Ulmenes.*



Sierra Gorda y Baquedano, poblados con historia

Casi 13 mil kilómetros cuadrados tiene la comuna de Sierra Gorda. En dirección a Calama, por la carretera panamericana 25 norte, se llega a esta zona minera con sus dos poblados emblemáticos, Sierra Gorda y Baquedano, los que se ubican en medio de la aridez de la pampa. Su localización, entre Antofagasta y Calama, hace que muchos afuerinos la consideren un lugar de paso. Sin embargo, los protagonistas de este libro decidieron quedarse en estos antiguos asentamientos y adaptarse a los cambios que ha experimentado su comuna.

El sustento histórico de esta comuna de 2.356 habitantes, se asocia inevitablemente al quehacer minero, primero como asentamiento de los trabajadores de la mina de plata Caracoles, alrededor del año 1872, y luego con la bullente industria del salitre. Posteriormente, la llegada del ferrocarril le dio nuevos bríos a la economía y permitió potenciar el asentamiento local, especialmente en Baquedano, donde en 1910 se inicia la construcción de la estación y maestranza, como punto de intersección del Ferrocarril Longitudinal Norte (Longino) y el Antofagasta a Bolivia (FCAB), lugar donde aún sigue vivo el recuerdo del gran movimiento de carga y

pasajeros generado por la actividad del “oro blanco”. Sin embargo, no es hasta 1980 que, a través del Decreto con Fuerza de Ley 12.868, se crea la comuna de Sierra Gorda y, en 1981, la Municipalidad, la que tiene sus oficinas principales en Baquedano.

El nombre de Sierra Gorda fue acuñado por el naturalista polaco Ignacio Domeyko, debido a que la zona es una extensión de montañas consecutivas de baja altura. Con el tiempo, comenzó a ser llamada “la ciudad del aire” por el constante movimiento de personas atraídas por las actividades económicas en la zona y que luego migraron, buscando mejores oportunidades.

Baquedano debe su nombre al general Manuel Baquedano González, comandante en jefe de las tropas chilenas durante la Guerra del Pacífico, y que entre otras epopeyas, se le recuerda por haber liderado el desembarco de Pisagua, junto al comandante de Infantería Erasmo Escala Arriagada. Esta maniobra militar, efectuada en noviembre de 1879, es considerada el primer desembarco anfibio de la historia mundial.



Actual estación de trenes de Baquedano.

Minería y ferrocarril, forjadores de la economía

La llegada del ferrocarril a la zona, hace unos 100 años, se inicia con la compañía Melbourne Clark, que junto con la concesión para la explotación de salitre, obtuvo los permisos para construir un ferrocarril. Este hito contribuyó al auge de la comuna y su poblamiento, en su mayoría por familias de mineros y salitreros, llegados a la zona atraídos por la esperanza de un futuro de bonanza.

Hoy más de la mitad de su población son hombres, de entre 30 y 64 años.

La mayor actividad económica actual es el comercio, seguido por la hotelería y los restaurantes, y la construcción, según un reporte comunal publicado por la Biblioteca del Congreso.



Oficina Salitrera Chacabuco.

Si bien la zona no es un destino habitual del turismo – que suele desviarse a San Pedro de Atacama- Sierra Gorda y sus alrededores son lugares atractivos para los visitantes. El poblado de Baquedano y su pasado ferroviario, el pueblo abandonado de Pampa Unión y las oficinas salitreras Chacabuco y Francisco Puelma son monumentos históricos que pueden ser de interés para los visitantes.

La oficina salitrera Chacabuco, construida en 1922, volvió a vivir entre 1995 y 2003 convirtiéndose en un inte-

resante espacio gracias a los festivales culturales que allí se realizaron. En el marco de estas actividades, su antiguo teatro fue remodelado y reinaugurado y se celebra allí el Día del Patrimonio, al que asisten los vecinos vestidos con sus mejores trajes de la época dorada.

Caracoles fue descubierta cuando la zona aún era territorio boliviano por José Díaz Gana en marzo de 1870 y más que sólo una mina, repetidamente se habla del lugar como “una comarca de plata”. Fue ocupada por tropas chilenas en 1879.



Pampa Unión fue creada en 1915 con el propósito de que hubiera un asentamiento donde proporcionaran servicios a los campamentos aledaños. Sus construcciones estaban hechas con costra de caliche pegados con barro, un material utilizado para aislar las viviendas del calor pampino, en el día, y del frío implacable en la noche.

La costumbre de construir de esta manera fue traída a la zona por los trabajadores sureños, que ya utilizaban el adobe. El caliche es el producto que queda después de refinar la piedra del salitre. En estas casas habitaron alrededor de 5 mil personas en su periodo de mayor apogeo, entre 1916 y 1930.



Baquedano, la parada más importante en el recorrido del "Longino", también cuenta con un importante patrimonio, el que ha sido estudiado por expertos nacionales y extranjeros, como una forma de mantener viva su historia y relevar su importancia en el desarrollo del Norte Grande. De hecho, su estación de trenes y maestranza fueron declarados Monumento Histórico, a través del Decreto N°1639, del 16/12/1983.

Una de las locomotoras del tren Longino en el Museo Ferroviario de Baquedano.



Otro hito que marca la historia de esta comuna es la operación de la compañía minera Flomax, la que funcionó principalmente entre las décadas de los setenta y noventa. Esta empresa, la más grande en ese entonces en la zona, instaló una planta para recuperar minerales de plata a mediana escala, cuya producción en su mayor parte era traída desde las cercanías de Caracoles, generando un número importante de puestos de trabajo a nivel local (llegó a tener hasta 300 trabajadores en tres turnos).

Las minas más importantes que abastecían a la planta Flomax eran la Sudamérica seguida de la Calameña, Iris, Mejicana, Deseada y Recuerdo, entre otras. Las vetas se explotaban entre los 150 a 250 metros, por lo que el trabajo era difícil y muy sacrificado.

Flomax, planta recuperadora de minerales de plata, en las cercanías de Sierra Gorda.

Muchas generaciones de mineros de la región y de Sierra Gorda pasaron por esta compañía, cuya planta utilizaba el proceso de proceso de cianuración por agitación y lavado en contracorriente para procesar el mineral de plata, toda una innovación para la época.

No obstante, el gran despertar económico de la comuna se comienza a fraguar con la minería del cobre. Si bien Baquedano y Sierra Gorda habían sufrido la constante migración de sus habitantes, esta actividad productiva le dio nuevos bríos y renovadas esperanzas a la zona.

Hacia finales de la década de 1990 las principales compañías mineras del mundo ponen sus ojos en el des-

cubrimiento de yacimientos de cobre y otros minerales asociados, y el potencial económico que representa su explotación a gran escala.

Hoy las operaciones de Minera Centinela (integración de las mineras El Tesoro y Esperanza), Minera Sierra Gorda de Kgmh, Spence de Bhp Billiton, Lomas Bayas de Glencore y Minera Gabriela Mistral de Codelco Chile, han ayudado a robustecer el desarrollo local de la comuna, generando nuevas oportunidades de crecimiento y empleo.



El minero, figura emblemática en la historia de Sierra Gorda y Baquedano. Foto Gentileza del poeta Ulmenes.



Mineral de plata, Caracoles.



Viaje de adultos mayores de Sierra Gorda y Baquedano, organizado por la Municipalidad.

Este libro

En este escenario, de aridez, de cielos azules, de fuerte calor e intenso frío, se desarrolla este relato construido con los recuerdos de los adultos mayores. Muchos de ellos, no habían vuelto a este lugar y se reencontraron una vez más con su paisaje.

Este libro está hecho con el propósito de recordar la vida en la comuna de Sierra Gorda. Cientos de vidas vinculadas a la minería, al ferrocarril y a un paisaje árido, pero no estéril, en que sus historias de sacrificio reflejan también un inmenso cariño por su tierra.

Y qué mejor reflejo de ello son las palabras del alcalde de la comuna de Sierra Gorda, José Guerrero, quien trabajó por más de 20 años como minero, entre 1982 y 2008.

Para trabajar en minería cuenta “hay que ser sufrido, los antiguos estandartes dicen que antes había que perseguirse cada vez que entraba en una mina, porque antes se trabajaba en condiciones muy precarias, pero son los gajes del oficio cuando uno es pirquinero”.

Agrega que “yo cuando joven bajaba hasta pirquenes de más de 200 metros, nos jugábamos la vida buscando el mineral, especialmente por la zona donde se ubica Caracoles. Por eso yo admiro y respeto mucho a todos los viejos mineros de Sierra Gorda y Baquedano, porque me enseñaron y nos daban muchas lecciones de valentía y sacrificio para poder surgir y salir adelante en la vida”.

El respeto, cariño y afecto por la tercera edad se ha hecho palpable en su gestión edilicia, generando diversos programas de apoyo y desarrollo social. Uno de estos se realiza en conjunto con Minera Centinela, a través del cual se ha podido llevar a estos adultos mayores a lugares que no conocían y que tenían muy pocas posibilidades de conocer. “Muchos de ellos no habían viajado en avión, sólo estaban acostumbrados a trabajar ante el implacable sol. Como alcalde es muy gratificante trabajar con la tercera edad”, dice.

Todo ese sacrificio se ha marcado en las vidas de muchos de los protagonistas de este relato.

En este contexto, el ciclo de talleres que Minera Centinela, a través de Fundación Casa de la Familia y con la colaboración de la Municipalidad de Sierra Gorda, realizó en las localidades de Sierra Gorda y Baquedano a los Adultos Mayores, tuvo como objetivos: promover un espacio de encuentro para compartir experiencias personales y familiares de sus antepasados en relación a su comunidad para así poder reforzar el sentido de pertenencia con su pueblo y el patrimonio cultural de la zona.



En la foto, Luz Elena Pizarro, María Graciela Fernández, Hugo Castro, Santiago Vargas, Clementina Calívar.



Iglesia de Sierra Gorda.

Un equipo de facilitadores durante varios meses se reunió con ellos para compartir, escuchar, recoger, los recuerdos que con lágrimas y risas iban saliendo de lo más íntimo de sus corazones. Como no agradecer a cada uno el legado que están dejando y que a través de este libro quedará en sus hojas para varias generaciones.

Se quiso fomentar la expresión de ideas, sentimientos y emociones a partir de la observación sensible del entorno comunitario en las salidas a terreno que se tuvo con ellos a la Oficina Salitrera de Chacabuco y a la Estación de Ferrocarriles de Baquedano. Y además evocando las historias y recuerdos del mineral de Caracoles, donde varios desarrollaron labores como pirquineros.

Se les invitó a compartir anécdotas, recuerdos de las celebraciones tradicionales tanto familiares como

comunitarias inspirados en el concepto de “La fiesta”, juegos, deportes, artesanía, cultura, tradiciones culinarias, música y danza.

Con todo ello, se buscó revalorizar el rol que tienen como adultos mayores de ser portadores de la historia del lugar como base de la educación y cultura de las nuevas generaciones.

Marcela Pereira, directora de Desarrollo Comunitario de Sierra Gorda -cuya familia materna es oriunda de la zona- dice que es imprescindible el rescate de la identidad, del pasado de la comuna. Para ella, sus habitantes “eran aguerridos, salieron adelante, en un lugar inhóspito, sufrieron situaciones que no se vivieron en otras partes del país, en síntesis, tuvieron una vida distinta, de esfuerzo, pero pese a todo, fueron y son felices porque esta tierra es maravillosa”.



Familia Rementería Zavala y las 3 hijas de dicho matrimonio: Alicia, abuela de Marcela Pereira; Ernestina y Hermosinia. Y la descendencia de ellas.



Para ella, una de las gestoras de este libro, la importancia de registrar y publicar este texto radica en que “los adultos mayores son ricos en experiencia y esa información puede servir para las actuales generaciones y las que vengan. Creo que esa relación pasado futuro debe estar firme por la identidad. Sabemos que la zona es de paso, pero a veces se quedan, por eso es necesario forjar el tema de identidad y eso no se desarrolla sino hay un pasado conocido y rescatado, que genere interés en la gente. Qué más importante que la gente que aún tenemos viva, pueda dejar plasmado los relatos en este libro”.

Aún se conservan edificaciones históricas de la comuna.



**MI VIDA,
NUESTRA HISTORIA**

Sierra Gorda y Baquedano en los ojos de
sus adultos mayores.



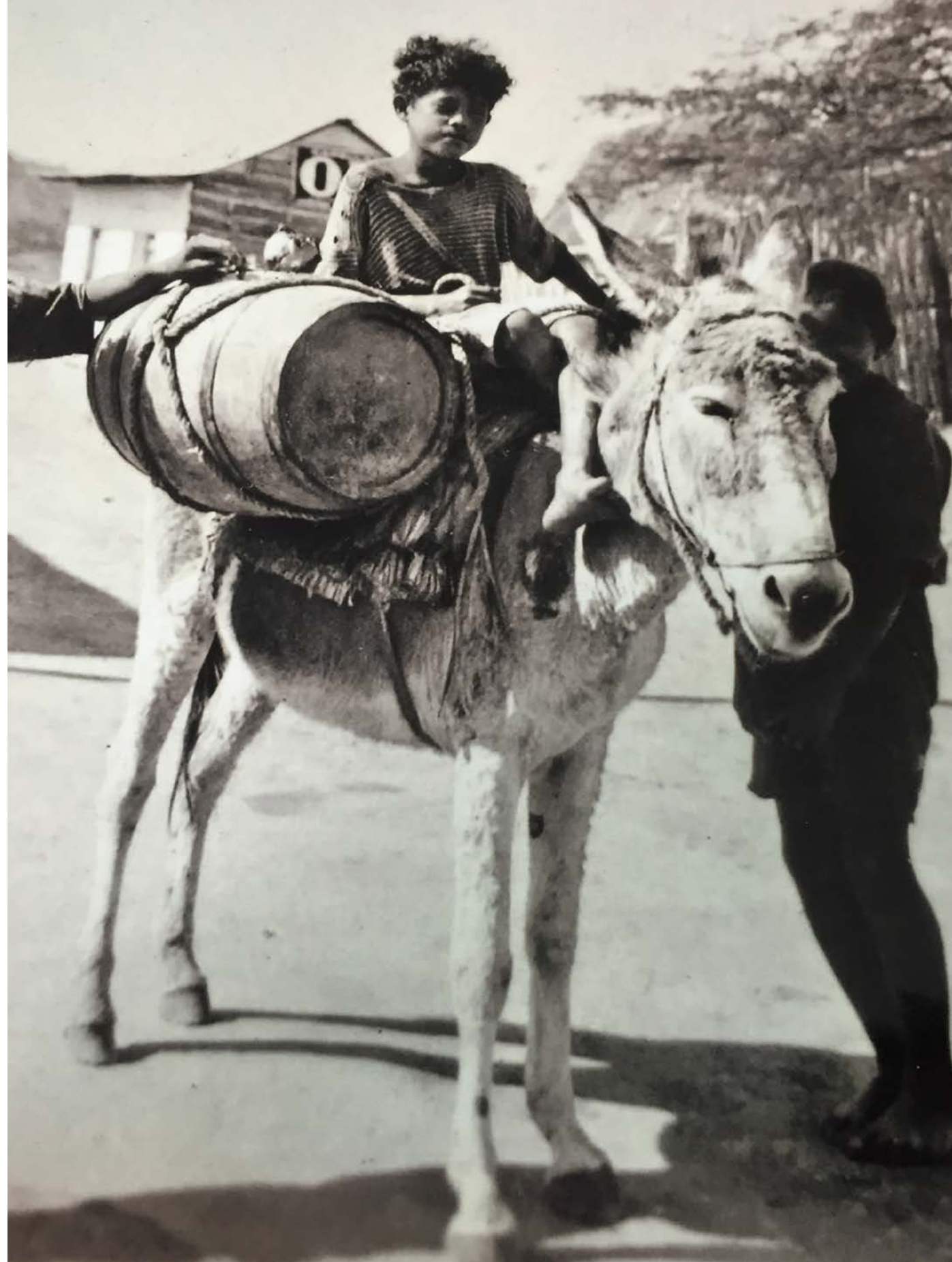
LA INFANCIA

*Niños de la pampa salitrera.
Fotografía gentileza de Claudio Echeverría y familia.*

Todos los protagonistas de este relato nacieron entre fines de la década del treinta y los años cincuenta. Algunos lo hicieron en Sierra Gorda y Baquedano, y otros como era frecuente, se trasladaron desde Antofagasta o Iquique hacia esta zona por el trabajo de sus padres, ligado a la minería, al ferrocarril y a los servicios que requieren ambas actividades. Hay quienes, incluso, cuentan que llegaron hasta esta zona desértica desde muy al sur.

Sin embargo y pese a las vicisitudes, ser niño o niña en Sierra Gorda, era vivir una infancia tranquila, sana, rodeada de la familia y los amigos del barrio. A veces sin los padres que trabajaban lejos. Otros, lamentablemente, como hijos de madres viudas.

Las familias solían ser numerosas, de más de diez hijos, aunque era común que dos o tres fallecieran siendo pequeños o muy jóvenes.



Algunos eran hijos de madres solteras o viudas, lo que los obligaba a ser responsables como adultos, pero desde muy niños. En sus testimonios es común escuchar cómo desde los ocho o diez años, e incluso menos, acompañaban a sus madres a sus lugares de trabajo y debían combinar estas tareas con sus obligaciones escolares.

*Niño ayudando a sus padres a trasladar agua.
Fotografía gentileza de Claudio Echeverría y familia.*



Trinidad Hidalgo

Trinidad Hidalgo cuenta que su escuela era la número 14, República de Chile y que hoy se llama G101 Caracoles. “Muchos de mis compañeros a veces iban sin zapatos, pero iban igual. Eran muy respetuosos y los profesores sabían enseñar”.

Su familia llegó desde Ovalle donde habían nacido sus tres hermanos mayores porque su padre quería trabajar en esta zona minera. “Él entró cuando la mina se llamaba “Leonor” y, después pasó a ser la mina Esperanza. Nosotros prácticamente vivíamos en la mina porque mi mamá vendía los almuerzos a los mineros. Estuvimos con él hasta que nos abandonó”. Para una niña, la vida en torno a la mina, significaba – muchas veces- no ver a su padre en todo el día y estar cerca de un ambiente donde el exceso de alcohol era parte de lo cotidiano.

En Sierra Gorda y Baquedano se jugaba en la calle, con los amigos, con las amigas.

Tenían permiso para jugar hasta que se entrara el sol y en los lugares hasta donde la mirada de sus madres pudieran llegar. No más lejos.

Magdalena Liquitay fue una de las primeras mujeres inscritas en Pampa Unión. Con nostalgia recuerda que la vida de niña no era fácil. “Me gusta mucho Sierra Gorda, a pesar de que no teníamos luz ni agua, pero igual éramos felices. El agua la traíamos desde la plaza, la llevábamos en tarros hacia la casa y con eso cocinábamos y bebíamos. No teníamos baño, existían los pozos negros, pero ahora ya tenemos alcantarillado”.



Magdalena Liquitay



Plaza de Sierra Gorda.

“Para nosotros es muy importante la plaza. Yo jugaba encima de los árboles, de esos mismos árboles que uno puede ver ahora. Tienen muchos años. Lo pasábamos muy bien jugando con ellos”, recuerda.

Magdalena dice que hubo un hospital para personas enfermas del pulmón que no lo terminaron y que hasta allá llegaban los niños a jugar a la pelota, a saltar la cuerda o se metían adentro de un neumático y lo hacían rodar. “De niño chico uno no toma en cuenta el mareo, se entretiene igual”, dice riéndose.

Su hermana, Margarita Liquitay, cuenta emocionada: “Éramos muy pobres, no teníamos nada. Mirábamos mil estrellas, pero éramos muy felices, las paredes eran

de calamina y su techo lleno de agujeros. Carecíamos de todo. En esa época éramos como 30 niños de la misma edad y condición social, y todos éramos como hermanos. La plaza era nuestra, las calles y el pueblo eran nuestro, si íbamos a una casa ahí nos daban comida. Jugábamos los juegos más increíbles. De la nada, éramos muy felices, la infancia de hoy yo no la cambiaría por la niñez que tuve...”.

Las niñas aprovechaban su tiempo libre jugando a saltar a la cuerda o con sus muñecas, tal vez nada distinto a lo que hacían las niñas de su edad en otros lugares de Chile, pero sí con la quietud y la calma que entrega el paisaje de la zona.

A “pata pelá” , según ellos mismos cuentan, los niños – y algunas de las chiquillas también- jugaban fútbol en las calles, era una de sus principales entretenimientos. Mirando el árido paisaje de la pampa, dedicaban su tiempo libre haciendo rodar a sus camiones de lata, jugando a las bolitas, al trompo, y a un tipo improvisado de hándbol con pelota de trapo.

Compartían con las niñas la afición por la payaya, que consistía en poner sobre la palma de la mano extendida y mirando hacia arriba, un montoncito de piedras pequeñas, arrojarlas al cielo y voltear la mano para recibir las de vuelta.

Trinidad Hidalgo puntualiza que “antes en Sierra Gorda también para jugar, nos poníamos en las líneas del tren y poníamos monedas y esperábamos a que pasara el tren y las aplastara. Con eso después jugábamos al run run. Teníamos otra jugarreta que era en las volandas, que eran los carritos que los usaban las cuadrillas del tren para arreglar las vías del tren, llevaban ahí los pernos con los que afirmaban los durmientes de las vías. Nosotros las sacábamos y nos subíamos a jugar, después nos retaban porque nosotros no las podíamos usar.

Los niños se divertían poniendo monedas en los rieles que eran aplastadas por los trenes.



Sin embargo, no todo era juego ya que los padres solían ser estrictos. Bastaba una mirada seria, un ceño fruncido para que sus hijos entendieran el mensaje. Y bien lo sabe Luz Pizarro, ya que no se les pasaba por la mente la idea de contradecir a sus padres y menos en público.



Luz Elena Pizarro



*Alumnos de la Escuela de Sierra Gorda, 1965
Fotografía gentileza de Vitalicia Guerrero.*

Cuando Luz tenía 8 años murió su padre. Trabajaba en el ferrocarril como “mecánico de aire”. Para subsistir, su madre comenzó a vender almuerzos y colaciones a los pasajeros en la estación de trenes del pueblo. “Mi hermano menor tenía 6 años y todos tuvimos que ayudar a mi mamá a trabajar. Llegaban comerciantes y traían gallinas que se las vendían por jaba a mi mamá, venían unas 15. Esas eran gallinas, no como los pollos que venden ahora que son re chicos y desabridos”. Cuenta que ella y sus hermanos llegaban de la escuela, si su madre no vendía todos los platos de almuerzo en la estación, entonces, les servía tremendos platos de una rica cazuela.

Pascualito, que en realidad se llama Hugo Pinto, es el hijo menor de don Pascual, funcionario de Correos de Chile y es uno de los habitantes más antiguos de Baquedano, junto a la señora Lugarda Jara, y Sergio Pizarro y su hermana Luz. Todos, son muy amigos y siempre comparten sus recuerdos.



Lugarda Jara

“Yo nací acá. Sí, nacida y criada acá... y malcriada también porque soy mujer y mis hermanos mayores fueron hombres. Mi hermana mayor fue mujer, pero del primer matrimonio de mi mamá. También fue regalona ella, pero no como yo”, cuenta la señora Lugarda Jara. Se ríe con cierta nostalgia cuando evoca al Baquedano de entonces y los días de escuela e infancia.

Quienes querían terminar su educación y continuar con las humanidades debían comenzar a viajar a Antofa-

gasta y esperar la góndola que los llevaba y los traía de vuelta. Para muchos, este viaje significaba un gasto que era muy difícil de costear. En carreta tirada por burros, hasta cuatro días podían demorarse en esta travesía. Además, algunas familias tenían la necesidad de que sus hijos e hijas comenzaran a trabajar desde pequeños, por lo que su escolaridad era muy reducida.



Hugo León Pinto, "Pascualito"

Según Luz Pizarro, los carabineros se encargaban de llevar a todos lo que hacían la "cimarra" de vuelta a la escuela o, incluso, hasta el retén. Ella estaba justificada para volver un poco antes a su hogar "el profesor me daba una tarjetita para poder salir y cuando piteaba el tren, yo me venía a la casa a ayudarle a la mamá".

Agrega que adentro de la escuela, si las sorprendían corriendo por los pasillos, como castigo las inspectoras les daban la tarea de ser "semaneras": debían dejar todo limpio, sacar la basura y sacudir. Así que se cuidaban mucho de ser bien ordenaditas y cuidadosas.


A Pascualito más que las tareas le gustaba trabajar y ayudar a sus padres. "Cuando llegaban los trenes, ahí venía toda la correspondencia que iba hacia Toconao, San Pedro y Bolivia, toda esa se quedaba acá por lo que se necesitaban manos para ordenarla y hacerla llegar a destino", cuenta.

Pascualito termina su relato emocionado, recordando al niño de ese entonces. Está orgulloso de haber acompañado a sus padres hasta el final...

"Cuando terminé el sexto año, mi mamita me quería mandar para Antofagasta, pero yo le dije que no por-

que mi papito ya tenía edad y aún trabajaba en el correo. Tenía que esperar a todos los trenes porque aquí quedaba toda la correspondencia, distribuíamos para todos lados. De repente los trenes llegaban a las 2 de la mañana y había que estar ahí para recibirlos. Ahí trabajé yo ayudando a mi papito. Los dos lloraron, tanto mi mamá como mi papá porque querían mandarme a Antofagasta a estudiar. Mi papá me decía "es que yo no quiero que sea como fui yo, yo quiero darle estudios para que sea otro, me decía, y no ande aquí trasnochando y haciendo fuerza con la carga". Pero a mí me gustaba porque estaba ayudando a mi papá".

LA JUVENTUD



Era común que los jóvenes emigraran de Sierra Gorda y Baquedano a ciudades más grandes en busca de mejores oportunidades laborales y, en algunos casos, a continuar estudiando.

Otros, como muchos protagonistas de esta historia, continuaron sus vidas aquí en la pampa, desafiando el desierto y de la mano del esfuerzo y el sacrificio, tratando de construir un nuevo futuro.

Para quienes viven o vivieron en Sierra Gorda y Baquedano, el ferrocarril ha sido por décadas parte de su cotidianidad. “En ese tiempo, cuando yo era joven, el

paseo que hacía con mi mamá era venir a sentarnos aquí a la estación a ver el tren. Esa era nuestra principal entretención y cuando pasaba el tren nos devolvíamos para la casa”, cuenta Clementina Calívar.

Gladys Urquieta dice que ella pololeaba escondida en la esquina... “porque si mi papá me veía, me daba una zumba grande con la correa. Con eso se terminó el pololeo”.

No se pololeaba antes de los quince o los dieciséis años. Muchos pololearon por primera vez después de los veinte y se casaron con sus primeros amores.

Fotos del archivo personal de Vitalicia Guerrero.

ESPAÑA
"SEVILLA"



Cuanta la historia que en la oficina salitrera Francisco Puelma se enamoró una pareja, pero sus familias eran enemigas. Como no les permitían verse, decidieron suicidarse. “Una noche de luna llena se fueron a esos corrales para los chanchos que existían antes en las oficinas, y el joven se había robado un paquete de dinamita. Se abrazaron y prendieron la dinamita, explotaron y murieron. Cuando los encontraron muertos, las familias decidieron casarlos. A ella, le pusieron un traje de novia y los llevaron al cementerio”, cuentan los vecinos.

A mediados de los sesenta, cuando aún no se masificaba la televisión en Chile, los jóvenes de Sierra Gorda se entretenían viendo “Cumbres Borrascosas” e imitando al vampiro Barnabas Collins. Lo daban una vez a la semana y los padres no podían negarles el permiso para ir a la función vespertina.

Si los jóvenes no estaban pololeando en la estación, viendo películas en el cine (en la matiné) o en el centro cultural, seguramente estaban organizando “malones”. Los malones, que no eran exclusivos de la zona sino que estaban de moda en todo Chile, era fiestas que se hacían en casas, clubes, sedes sociales e incluso al aire libre, si el clima lo permitía, en las que cada uno contribuía con algo para “picar” o para beber.

Curiosamente, la palabra “malón” se refiere a las tácticas sorpresivas de ataque de los pueblos indígenas. Sin embargo, este malón era un momento de encuentro, de relajo, un poco improvisado, en el que se reunía la música, el baile, la comida y la bebida que todos aportaban.



*Coronación de la reina en una velada en Baquedano.
Foto gentileza del poeta Ulmenes.*

“Antes se bailaba mucho el Foxtrot, el Pasodoble, el Charleston y, por supuesto, la Cueca. Se escuchaba música con vitrola, en tocadiscos o con Wurlitzer, que acá le llamábamos la chanchita”, cuenta Nora Suárez. Y cuando un joven quería sacar a bailar a una mujer, al menos, debía pedirle permiso a sus hermanos.

Las reuniones sociales no sólo eran para bailar sino también para un buen partido de Dominó, para jugar a las cartas, el cacho, la rayuela y el emboque. Eran las oportunidades en que sí se podía trasnochar, hasta el día siguiente había permiso.

Cada festividad religiosa o efeméride era una buena razón para celebrar en Sierra Gorda. Algunas fiestas podían extenderse por varios días.

En el verano, la fiesta de la chaya reunía en un verdadero carnaval a los vecinos. Y nadie podía enojarse si alguien le arrojaba agua, fruta o un globo con harina. Era difícil excluirse de esta fiesta, cuando toda tu familia, tus amigos y tus vecinos estaban presentes. “Llenaban de agua los globos, imagínese un globazo ¡A mi papá que le gustaba esa fiesta! Todos los comerciantes salían a la calle habían muchos chinos y españoles, y con batea le echaban agua a los niños y a los jóvenes, otros con cuarterolas, las que se ocupan para las aceitunas ahora llenas de agua”, relata Lugarda Jara.

El término “chaya” viene de la palabra quechua que significa mojar o rociar. Se dice que esta fiesta se origina en la leyenda de una mujer llamada Chaya que se enamoró del príncipe Pujillay. Al no ser correspondida, huyó a las montañas a llorar y llegó tan alto que se convirtió en nube. Desde entonces vuelve cada verano en forma de rocío y lluvia.

Pero la fiesta no terminaba ahí. “ En la tarde ya tenían preparada la comida y había un salón grande, lleno de serpentinas y challas. En la noche se hacía el baile, se comía. Andaban todos “olorocitos”, empolvados eso sí y llenos de challas”.



Cada 27 de abril, el aniversario de Carabineros se celebraba en grande y podía alargarse hasta una semana. Los mismos carabineros decoraban el retén y allí se armaba una mesa larga en la que se hacía un almuerzo para todos quienes quisieran participar.

La fiesta de San Lorenzo, patrono de los mineros, es una ocasión muy especial. Cada año, el 10 de agosto, toda la comuna sea reúne a saludar a su santo con coloridos bailes religiosos en el frontis de la iglesia. Una romería acompaña a San Lorenzo en un recorrido por Sierra Gorda.

Este santo era el responsable de guardar los tesoros de la Iglesia Católica hacia el siglo III d.C. El Emperador Valeriano llega al trono y le exige la entrega de estos tesoros, a lo que San Lorenzo se rehúsa escondiéndolos bajo tierra. Con ira, el emperador ordena que el santo sea asesinado, condenándolo a morir quemado lentamente en una especie de parrilla. San Lorenzo nunca entregó los tesoros.

San Lorenzo, Patrono de los Mineros.

Cuando había alguna fiesta religiosa y se homenajeaba a la Virgen, algunas mujeres se dedicaban a arreglar la imagen de la patrona, reparando sus vestidos y volviendo a cocer sus ojitos. Decoraban las casas con adornos hechos en papel de diario y engrudo, que era mezcla de harina y agua, “no había cola fría en esa época”, cuentan riendo las vecinas.

La imagen de la Virgen de la iglesia de Sierra Gorda fue traída desde Caracoles y tiene una gran importancia para el pueblo. Cada 16 de julio, cuando se celebra a la Virgen del Carmen, esta imagen es venerada fervorosamente por sus fieles.

Dicen que tanto a San Lorenzo como a la Virgen le prendían velitas o si la petición era muy urgente, se le ponían “cinco Luquitas”...eso dicen.





La Fiesta de la Primavera era uno de los eventos más lindos del año: lleno de color , de música. Los carros alegóricos llenaban las calles y cada uno representaba a una sección de ferrocarril y postulaba a una candidata a reina. “A mí me gustaba andar en todas”, dice Luarda. “Menos de candidata a reina porque había que andar saludando a todos con la mano estirada (hace el gesto de las misses Chile) y a mí me gustaba andar revolviéndola por todos lados”.

*Coronación en la Fiesta de la Primavera.
Foto proporcionada por el poeta Ulmenes.*

Trinidad Hidalgo dice que el 21 de Mayo se celebraba explotando veintiún cartuchos de dinamita que se ponían en la pampa, replicando la costumbre de recordar el hundimiento de la fragata Esmeralda con veintiún cañonazos. “Todos esperábamos desde tempranito que explotaran”.

Después de la Fiesta de la Primavera, venía el aniversario del ferrocarril en noviembre, las celebraciones de la Navidad y el Año Nuevo y, por supuesto, cada santo tenía su día: nunca faltaba una excusa para festejar.

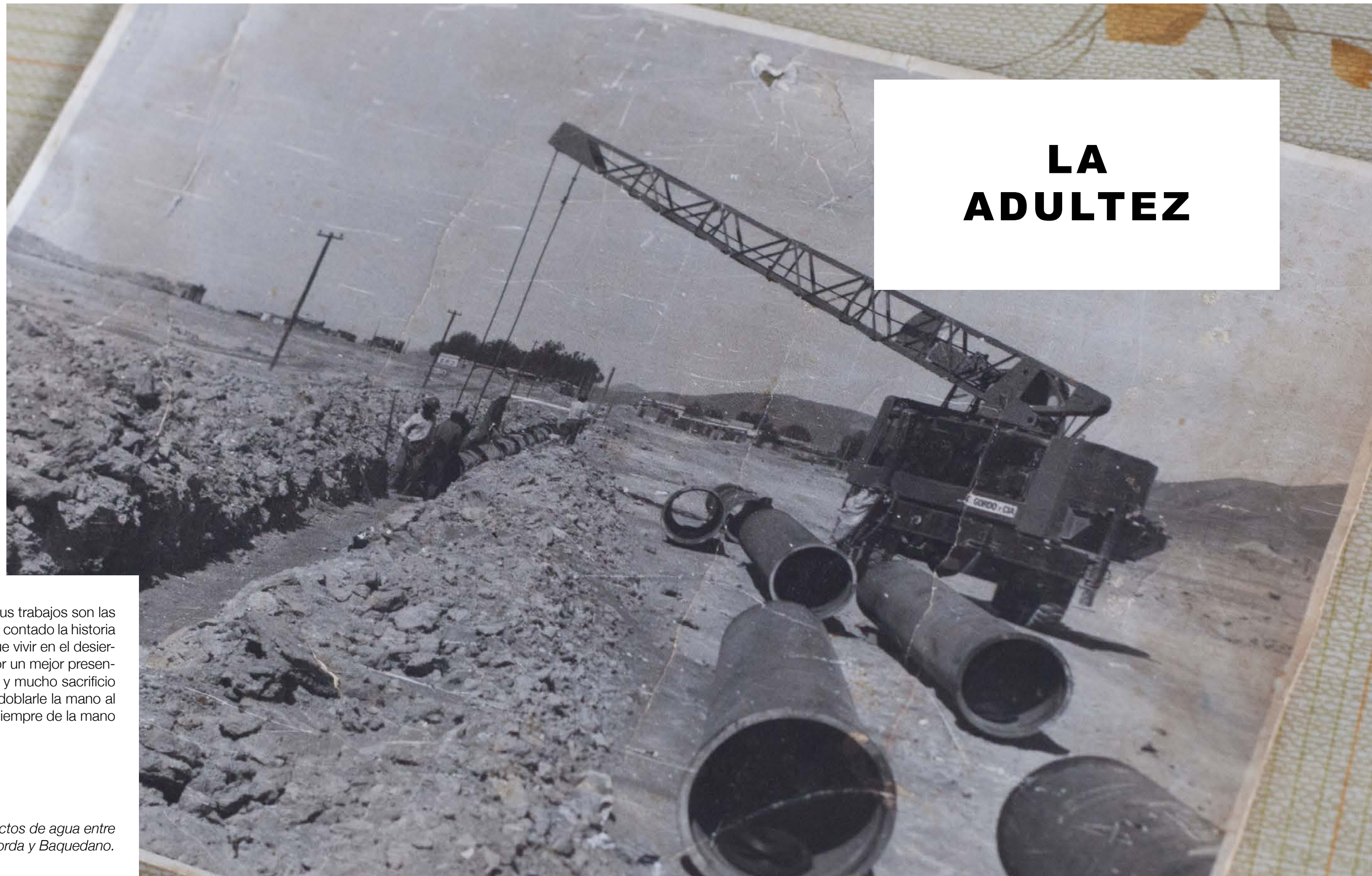
Uno de los desfiles en honor a la patria en el poblado de Baquedano.



LA ADULTEZ

Vidas dedicadas en gran medida a sus trabajos son las que se encuentran entre quienes han contado la historia de Sierra Gorda y Baquedano. Es que vivir en el desierto más árido del mundo y trabajar por un mejor presente no es tarea fácil. Carácter, temple y mucho sacrificio parece ser parte de la fórmula para doblarle la mano al destino y construir un mejor futuro, siempre de la mano de los sueños y esperanzas...

Faenas para instalar ductos de agua entre Sierra Gorda y Baquedano.





*El esfuerzo de los hombres por doblegar a la pampa en la extracción del salitre, el cobre y la plata.
Fotografía gentileza Claudio Echeverría y familia.*

Por ejemplo, la vida de Nora Suárez estuvo siempre ligada al ferrocarril. “Cuando niños estudiamos en Chuqui, pero pasé mi juventud en Sierra. Conocí a mi marido que era un reemplazante de ferrocarril y era mucho mayor que yo, pero él me esperó hasta que cumpliera la mayoría de edad”.

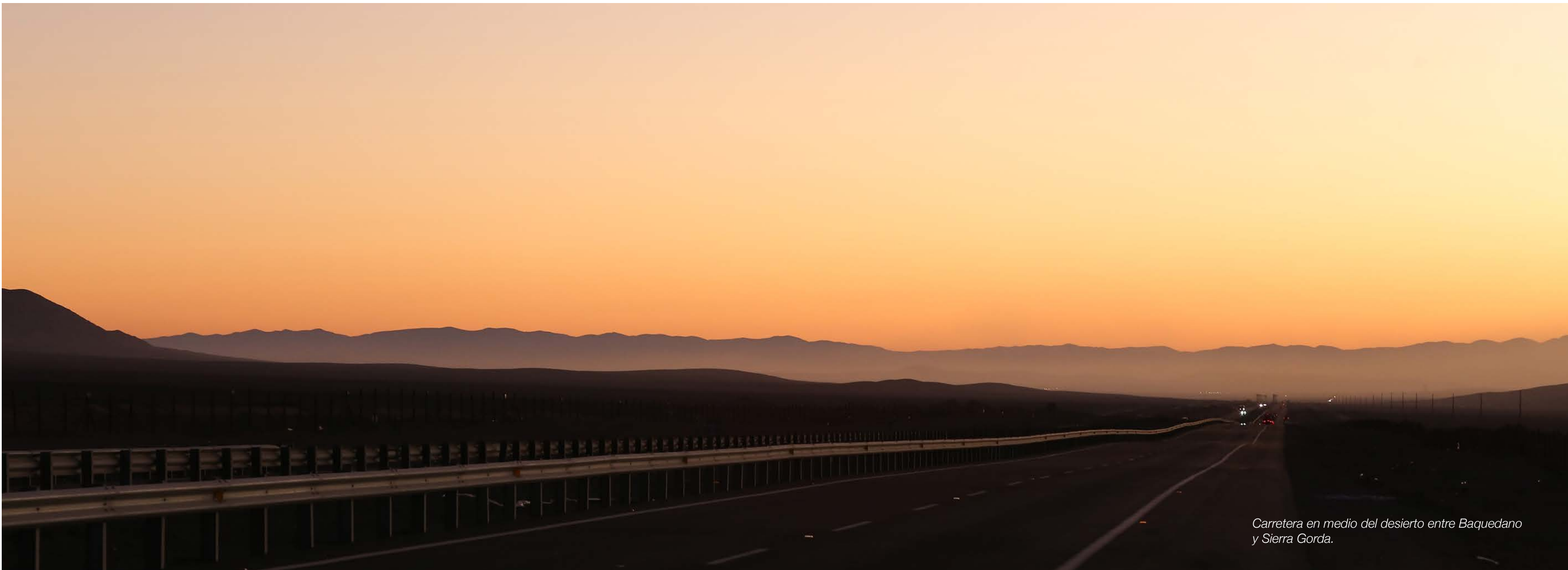
Dice que recién casados, vivieron diez años en Sierra Gorda, sin luz ni agua.

“La Estación vendía el agua al pueblo. Un tambor de 100 metros cúbicos costaba 100 pesos. A algunos se les regalaba el agua y las que más compraban eran las mineras. Esta agua la sacaban de una cachimba, la gente llegaba hasta allá con sus bidones, sus damajuanas”.

No sólo el sacrificio ha sido una de las constantes en la vida de Nora Suárez, el dolor también ha hecho lo suyo. Su hermana, Mireya, desapareció en las ruinas de Pampa Unión. Su familia decidió, como muchas otras veces, pasar el día en ese lugar, pero sin mayor explicación Mireya se separó del grupo y nunca más volvió, hasta el día de hoy.



Nora Suárez



Carretera en medio del desierto entre Baquedano y Sierra Gorda.

Su historia se ha transformado en una leyenda para quienes viven en la zona y para los que se atreven a visitar las construcciones ruinosas que se mantienen a duras penas para preservar el mito. Transportistas y quienes circulan habitualmente por el sector hablan de apariciones, de una luz que misteriosamente deambula por el lugar, de conversaciones en medio de la nada, de un misterio que nada ni nadie hasta el momento ha podido resolver.

A Nora Suárez le cuesta hilar palabra cuando trata de hablar de su hermana. Prefiere el silencio, no recordar... porque tal vez, es el mejor bálsamo para el dolor y la eterna tristeza de que el mismo desierto que tanto ama le haya arrebatado a Mireya, sin explicación, sin dejar huellas...



Hugo Castro junto a Pascualito...

Pero la vida continúa y hay que seguir haciendo camino, como don Hugo Castro, uno de los trabajadores más antiguos del ferrocarril en la zona. “Entré a trabajar a Ferrocarriles el año 61. Entré a una cuadrilla cerca de Pueblo Hundido. El 86 me vine a Baquedano. Salían dos trenes todos los días hacia Iquique. Primero hacían trasbordo, uno a Tocopilla, otro a Calama”, cuenta.

Trabajaban desde las siete de la mañana hasta la 12 y hacían una pausa para almorzar. Volvían a las 2 y continuaban en sus labores hasta las seis de la tarde, dice don Hugo. Arreglaban los rieles quebrados o en mal estado, los desniveles que solían producirse en las vías y si era necesario amanecerse... así lo hacían, para que el tren no dejara de funcionar.



Ignacio Echeverría

Ignacio Echeverría con sus más de 90 años a cuesta es una de los vecinos más antiguos de la comuna y uno de los más queridos y respetados. Es considerado como uno de los mineros con más experiencia del norte, gracias a sus décadas de experiencia cateando desmontes y minas en el sector de Caracoles, distrito de cobre y plata que conoce como la palma de su mano.

“Nosotros vivíamos y prácticamente moríamos arriba, en la soledad del cerro y la pampa buscando las riquezas de la tierra, sus benditos minerales. Pasábamos meses, viviendo en pequeñas cuevas, las que improvisábamos como nuestras casas para capear las noches frías y el calor sofocante del día. Allí reponíamos las fuerzas y nos armábamos de paciencia para bajar al pique y escudriñar la roca para que botara la plata, que era el mineral que más comercializábamos en ese tiempo” relata.

La conexión con la minería hizo que don Ignacio sintiera al mineral de Caracoles como un segundo hogar, muchas veces sacrificando festividades y reuniones familiares con tal de perseguir el siempre esquivo pero a la vez generoso derrotero de mineral, cuando éste lograba ser despertado por la picota o el rudo combo del pirquinero.

“Fueron años muy lindos, de mucho trabajo y sacrificio, pero lindos, por eso siempre que puedo vuelvo a Caracoles como en la romería que año a año hacen los Bomberos de Sierra Gorda, para recordar a sus primeros mártires. Miro los cerros, los antiguos desmontes y pareciera que fue ayer cuando yo recorría estas minas. En estas tierras he dejado recuerdos muy lindos, maravillosos, los que siempre me acompañarán, lo mismo que mi pueblo, Sierra Gorda...”.



Vista general del Cementerio de Caracoles.

Archibaldo López también siguió los pasos de la minería y fue calichero desde los 15 años, en la oficina salitrera La Concepción. “He sido de todo: minero, comerciante, chofer y jardinero. La vida te enseña que hay que rebuscárselas para salir adelante. Yo llegué a los 8 años y mis papás trabajaban para el Campamento La Paloma. En ese entonces, niños y adultos, todos debíamos ayudar para tener una mejor vida, había que esforzarse mucho. Se trabajaba mucho pero también se pasaba bien, siempre había tiempo y ganas para tratar de ser feliz, para disfrutar, para bailar cuando se podía”.

Qué recuerdos guarda de su época de calichero, le preguntaron: “Los más viejos le enseñaban a uno y había un respeto mutuo muy grande entre nosotros, de los viejos a los chicos y al revés. Antes uno respetaba siempre, los grandes conversaban, los chicos no se metían en el bollo. Por eso la experiencia era importante, se respetaba, se escuchaba a los más viejos mientras los jóvenes, sólo acataban, especialmente en el trabajo de las minas ya que cualquier error o imprudencia podía generar un accidente o lo peor, la muerte”.



Archibaldo López



Don Nilson Nieves también fue pirquinero pero empezó en el rubro transportando metales para la planta procesadora de plata Flomax. Fue el dueño de la mina, Tomás Astorga, quien le ofreció trabajo para limpiar los desmontes en el sector de la Isla, donde se ubicaban las minas Marieta, Lisa, Cleopatra y Berta, entre otras. Luego con Raúl Álvarez incursionó como minero propiamente tal, bajando a los piques a más de 200 metros de profundidad.

Según Nilson Nieves “el trabajo era muy sacrificado, estábamos 8 a 10 horas al interior de la mina. En la noche dormíamos en los refugios, una especie de choza.

Con el tiempo compré casas prefabricadas para hacer dormir a los trabajadores. También, se contrataba un cocinero. Cada 10 días o una vez al mes bajábamos al pueblo de Sierra a divertirnos y a bailar con vitrola o la radio a pilas. Todo a la luz de las velas”.

Hasta hace dos años don Nilson siguió trabajando. De minero pasó a cuidador del cementerio y de allí, a su pasión, los camiones, pero tuvo que retirarse ya que se quebró el tobillo y aún está en proceso de recuperación. “Ya estaba bueno, hay que descansar luego de tanto trabajar. Y por eso, soy un agradecido de Sierra Gorda, - y cuenta emocionado- porque me sentí persona, más realizado, tenía trabajo, esto me hizo compartir con gente, tener trabajadores, mucha gente buena, fui muy feliz. Recuerdo que durante tres años para fecha de Navidad, me di la a tarea de preparar chocolates para los niños del pueblo. Ellos me esperaban y decían “Nieves, Nieves”, “Nieves”...”.

Agrega que “también, formé un equipo de fútbol, le pusimos Club Atlético Nilson Nieves, yo les compré su vestuario, zapatillas, jugábamos entre todos para los días de fiesta, del minero, no faltaba la excusa para jugar, aunque íbamos a la cola. Con todo, he sido muy feliz, muy feliz”.



Raúl Alvarez es otro de los mineros aventajados que tienen Sierra Gorda y Baquedano y también cimentó su carrera en la planta Flomax, para luego pasar a trabajar con Nilson Nieves y el alcalde José Guerrero, a más de 300 metros de profundidad, como en la mítica mina Cleopatra, en las cercanías de Caracoles. “Se trabajaba a pulso, con pala, picota y carretilla, y bajábamos al pique en un balde de fierro. En ese tiempo éramos un grupo de 8 personas. Lo peligroso eran los temblores o si se apagaban las lámparas. Había piques ciegos, donde no se encuentra el camino hecho por los antiguos pirquineros, los que eran bolivianos e ingleses. En esa época de recesión ganábamos como 14 mil pesos al mes. La pasábamos bien y sin estar bien vestidos,

íbamos a Sierra a estar un rato, a jugar fútbol. Lo que se ganaba era para gastarlo ahí, para vivir”.

Otro de los recuerdos memorables de Raúl Alvarez son sus aventuras como Viejo Pascuero y como dirigente social en la comuna. “Siempre me gustó ayudar y cooperar, por eso me integré en la comunidad como dirigente. También en Navidad me tocó recorrer las calles de Sierra Gorda y Baquedano haciéndolas de Viejo Pascuero, lejos uno de mis más lindas experiencias. Los niños estaban muy contentos porque el Viejito andaba en el pueblo, y yo era más feliz, al ver tantos niños contentos y alegres”.



Carabiniero Mauro Vega, fundador de la banda de guerra "Luis Cruz Martínez".

Pero no sólo mineros destacados tiene la comuna, también connotados amantes del arte y la música, como don Rafael Torres Zarricueta, quien llegó a Baquedano de 15 años a trabajar haciendo aseo en la Estación, para luego pasar a las cuadrillas que arreglaban las vías y posteriormente, como conductor, que era el funcionario a cargo del tren, y encargado de revisar los papeles y boletos de los pasajeros. También es uno de los fundadores de la banda de guerra Luis Cruz Martínez, la que se creó el 10 de julio de 1960 de la mano de Mauro Vega.



“En ese tiempo tenía el pelo rizado por eso me llamaban el chilpe, pero hoy los niños me conocen como el Ñaño.

Los primeros integrantes de la banda eran únicamente empleados ferroviarios. A las mujeres se les llamaba Rangers y los varones recibían el nombre de los ‘Rovers’. Los instrumentos los fabricábamos en la maestranza del ferrocarril con latas y calaminas, mientras que los pitos eran hechos con cañerías de locomotoras. Mis compadres de esa época, que eran carpinteros, hacían estos instrumentos y los recuerdos por el apodo, como el japonés, siete pelos y el mango Guerra. Nosotros nos conocíamos así, nos llamábamos por el apodo”, recuerda Rafael Torres.

Banda de guerra Luis Cruz Martínez. Foto de archivo de Rafael Torres.

Don Rafael fue el primer guaripola y tambor mayor de la banda, la que en sus inicios tuvo 10 madrinas, las que se encargaban de abastecerlos. Usaban el tipo de vestuario de la Guerra del Pacífico, con camisa blanca, coscacho, charretelas y las mujeres en la antigüedad se vestían con falda tableada color negro. En la actualidad todos usan pantalones.

Cuenta que “la insignia que tenían era la Flor de Lis, universal de los scouts, pero cuando mi hijo Osvaldo asume como presidente de la agrupación le incorpora a esta insignia una locomotora. Siempre nos manejamos con el sistema de los scout, teníamos mochilas hechas de madera y forradas con lona, e íbamos al

cerro y acampábamos. Después, esta costumbre se perdió”.

La banda de guerra Luis Cruz Martínez estaba conformada por personas adultas, claro que los horarios de sus trabajos no siempre les permiten asistir a las presentaciones, así que han ido incorporando a los niños y niñas de la escuela. Su función es hasta hoy, acompañar en los desfiles a la escuela o a las organizaciones que se presentan para las grandes efemérides del país. Por ende, cada año, para el 18 de septiembre, don Rafael se viste de paisa y asiste al desfile, donde es saludado por el alcalde y los niños del pueblo le interpretan una canción...



Rafael Torres junto a su señora Hodina Espinoza.



María Graciela Fernández también se emociona cuando se recuerda de las fiestas del pueblo y sus actividades cívicas, tanto en Baquedano como en Sierra Gorda: “Era muy emocionante ver los desfiles, escuchar las bandas, la gente andaba muy contenta porque se celebraba al pueblo y a la Patria. Ahora igual se celebra pero como que antes participaba más gente, se veía más entusiasmo en la calle, tal vez será porque ahora estoy más vieja y los niños y jóvenes festejan de otra forma. Bueno, es el paso del tiempo y todo cambia...”.

María Graciela Fernández



*Luis Miguel Saavedra, Ulmenes,
reconocido poeta de la zona.*

El poeta más conocido de la comuna es don Luis Miguel Saavedra, Ulmenes, que en mapuche significa “hombre rico”, quien además es fundador de un museo salitrero en Baquedano, que lamentablemente hace poco sufrió un incendio, que se llevó importantes recuerdos y reliquias de la pampa. Cuenta que “fue creado en 1985, bajo la idea de mostrar todo tipo de cosas bonitas que guardaba mi abuela, relacionada con la historia de Baque-

dano. Había fotos, documentos del 1880, libros de contabilidad del Ferrocarril, loza, cristalería fina. En el incendio se quemaron 8500 objetos. Ahora conservo juegos de monedas antiguas y fotografías”.

Respecto del seudónimo Ulmenes, el poeta explica que “yo me considero rico en conocimientos, por eso lo de Ulmenes, también la gente de Baquedano, donde nací y vivo, me conoce como el “loco”

o Diógenes. Mis primeros poemas los comencé a escribir a los 17 años, dedicados a mi polola, que se convertiría luego en mi primera esposa. Yo me caratulo como escritor imperfecto, porque me corrijó mucho lo que escribo”.

Respecto de sus orígenes en la zona, relata que la conexión con la comuna de Sierra Gorda viene desde antes que naciera en Baquedano: “Mi familia

proviene del sur, de Copiapó y Los Andes, donde mis abuelos llegaron a vender té y cazuelas a los pasajeros del tren. Pero mucho antes, otra rama de mi familia, llegó en 1850, por la parte de Cobija, cuando era territorio boliviano. Mi ancestro, Simón Saavedra, comandó una expedición para encontrar riquezas bajo tierra, y fue el indio Ganga-ya quien los acompañaba, el que divisó de lejos el mineral de Caracoles, por una simple corazonada”.

Cuenta que fue el Presidente de Chile de aquel entonces, Manuel Montt, quien les dijo a los primeros habitantes del pueblo que marcaran con sus pies, terrenos de 10 por 50 metros, para que construyeran sus viviendas, así fue comenzó a establecerla la primera población de Baquedano.

Ulmenes dice que tiene el don de poder desempeñarse en 17 oficios, incluido el de poeta y actor de películas de cine. Luego de probar vida en Antofagasta como empleado, hace 30 años regresó al pueblo como exonerado y sin trabajo, buscando un lugar para vivir: “Me hice conocido en el pueblo por colocar un taller de artesanía en general y hacer todo tipo de trabajos. Fui el primer zapatero, tapicero, carpintero, barnizador, tornero, fotógrafo, etc. También las oficié de ceramista, tallo madera y trabajo el yeso, la caña silvestre, el cuero de vacuno y el mármol. Gracias a estas actividades laborales pude sacar adelante mi familia y mis siete hijos...”.

Respecto del porqué ama tanto este desierto bendito y particularmente a Baquedano, Ulmenes precisa que “esta tierra entrega tranquilidad espiritual y personas como yo inventaron muchas cosas para subsistir. Porque el tren de vida era sacrificado, porque esta tierra es mágica y bella”.





*Pulpería en una de las oficinas salitreras de la pampa.
Fotografía gentileza Claudio Echeverría y familia.*



Margarita Liquitay

A la luz de las historias narradas en este libro, queda más que claro que los vecinos de Sierra Gorda y Baquedano se han aferrado al terruño para sacar su vida adelante y tener mejor calidad de vida para sus familias, siempre de la mano del esfuerzo, el ingenio, la constancia y el sacrificio. Un retrato vivo de ello es Margarita Liquitay, considerada como una de las mujeres más emprendedoras de la comuna. A los 12 años dejó los juegos de niñas para ayudar a su familia y se puso a trabajar para un cocinero de un campamento de Vialidad, donde además hacía aseo a las piezas. Posteriormente y hasta la mayoría de edad, se desempeñó en el restaurante que puso su mamá en una casita que le había prestado su abuelita María, donde actualmente ahora se emplaza el gimnasio techado de Sierra Gorda.

“Hacíamos empanadas, pescado frito y mi hermana Magdalena ayudaba haciendo el pan. También garzoneaba y comprábamos las cosas para cocinar. En el restaurant se atendía a muchos trabajadores, transportistas, pirquineros, gente de la minera Copucha, Flomax, San Ana, esos eran nuestros clientes, aproximadamente 1500 personas pasaban por ahí todo el día, hasta tarde. Había hartó trabajo, la verdad es que Sierra Gorda, fue un pueblo bendecido por Dios, por el trabajo. Cuando cerró Flomax los cobardes arrancaron, y se fueron, fuimos pocos los valientes que nos quedamos. Algunas personas pasaron el tiempo de la crisis y surgieron...”, cuenta.

Su primer negocio propio Margarita Liquitay lo instaló a los 21 años, el restaurante Talinay, luego de haber juntado capital trabajando en una pulpería. Compró en Antofagasta una casa pre-fabricada y solicitó el terreno al Ministerio de Bienes Nacionales, en la avenida Salvador Allende.

“Empecé a trabajar con mucho miedo, porque sentí un temor de que no entrara nadie. Habían más locales en el pueblo pero a los 5 minutos, pasó un

caballero a comprar 25 almuerzos y se transformó en cliente habitual. Partí sola, pero nunca dejé las ollas vacías, mientras se comía yo iba preparando más, hacía comida casera, cazuela de cordeiro, de ave, carbonada pescado frito y al horno. La minería ha sido fundamental para los negocios de acá, desde su comienzo, cuando esto era carretera y pasaban muchos camiones que venían desde Chuquicamata. Tendríamos que ser muy ciegos y locos para no darnos cuenta que todo esto se sostiene gracias a la minería, yo por ejemplo, soy proveedora de la minería, en alojamiento y alimentación, otros venden repuestos...”, dice.

Sobre el amor a la comuna, a Sierra Gorda, a Baquedano, Margarita Liquitay concluye: “Me siento muy agradecida de lo que dio mi pueblo, Sierra, y que en la medida que uno hace cosas, no se complica, no se arruina, no se enferma y sobre todo, recomiendo y destaco, que no bajen los brazos... siempre hay algo que emprender y empezar, y yo soy una muestra viva que con empeño todo se puede...”.



La cazuela, uno de los platos tradicionales de la comuna.



**EL LEGADO PARA
LAS NUEVAS
GENERACIONES**

Durante los talleres que se realizaron en el Programa Centinela Junto a Ti 2015, los participantes, todos adultos mayores de Sierra Gorda y Baquedano, hicieron paseos a Estación de Ferrocarriles en Baquedano y a la Oficina Salitrera de Chacabuco, viajaron por su historia, se emocionaron, observaron y recordaron. Ellos mismos quisieron dejar un legado a sus propios nietos, a los niños de la escuela a las nuevas generaciones, a través de breves, pero significativos mensajes que contienen sus deseos y añoranzas para Sierra Gorda y Baquedano.





"Nos sentimos orgullosos de este lugar, trabajando, estudiando. Estoy feliz de vivir aquí"

“Baquedano no muere, felicidades”

“Nos sentimos orgullosos de este lugar, trabajando, estudiando. Estoy feliz de vivir aquí”

“Yo quiero que algún día se construya el liceo que tanto se merecen nuestros niños, porque ellos terminan la enseñanza básica y tienen que levantarse temprano para tener que ir al colegio a Antofagasta. Llegan tarde en la noche y todos los días es lo mismo para terminar sus estudios”

“Que vuelva el tren de pasajeros. Este lugar es muy lindo. Da paz y tranquilidad”

“A mi me gustaría que mis nietos vieran el tren recorrer como antes”

“Ojalá que nunca se vayan , que sigan viviendo tranquilos sin violencia”

“Me gustaría que Baquedano siguiera mas, sin perder lo que hemos vivido, la tranquilidad y que algún día volviéramos andar en tren y tomar tecito en botellas. Vivir algo del pasado”

“Es muy lindo y feliz de vivir acá, mucha paz y pedir mas unión entre la gente”

“Yo quiero que Baquedano sea bonito, que haya una sede cultural para todos los adultos mayores”

“Para mis nietos y bisnietos, que vuelva el ferrocarril nuevamente a Baquedano y vuelvan a unirse mas las personas en cada evento que se realiza”

“Yo quiere que vuelva el ferrocarril para que mis hijos tengan este recuerdo de donde ellos se criaron. En nuestro ferrocarril donde jugaron, donde estudiaron, en nuestro Baquedano. Les dejo esta herencia a nuestros hijos y nietos y este, nuestro testamento”

“Yo dejo este consejo a mis descendientes, que sigan siendo como hasta ahora, que vivan en unión, paz y tranquilidad. Se los deseo de todo corazón. Los amo y los amaré por siempre”

“Nunca pensé haber conocido este lugar, me fue muy emocionante, que mis nietos vengan a conocerlo”

“Me trae muchos recuerdo el estar aquí ya que mi cuñado René Contreras estuvo relegado. Pero así el recuerdo con mucho cariño y emoción. Por eso para mi el estar aquí, es sentirme libre”

“Este lugar significa mucho en nuestras vidas porque es muy bonito y pertenece a nuestra comuna. Ojalá que mis nietos puedan conocerlo”

“Quisiera que mis hijos tuvieran la oportunidad de conocer también esta oficina”

“Soy orgullosa de ser hija de esta tierra que es parte de Chile y recordar es volver a vivir “

“A veces no hay que salir tan lejos para saber de tu historia, mira al lado y encontrarás lo que querías saber sobre todo nuestros adultos que tienen mucho que contar y saber de ellos”

“Seguir proyectando a nuestra generación, sobrinos, nietos y ojalá a toda persona que crea en la historia”

“A nuestros niños, lo más hermoso es conocer nuestra identidad, los invito a conocer nuestra historia y vivencias “recuperen lo nuestro”

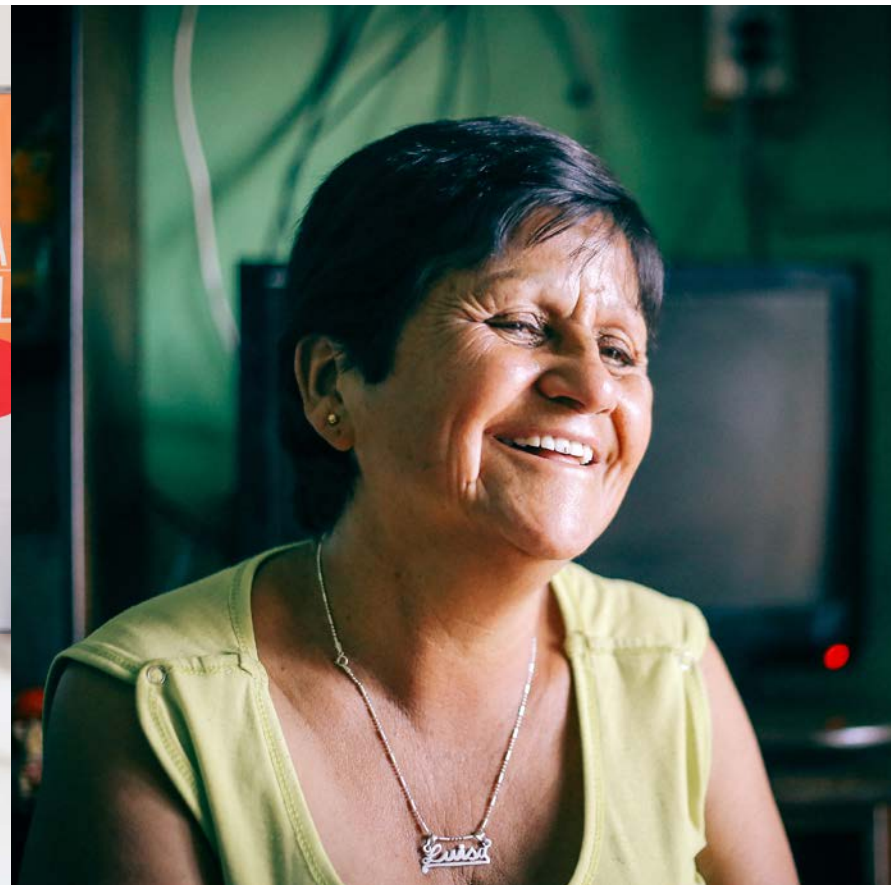
“Niños siempre verán la historia de Sierra Gordase los aconsejo“

“Para mi es un gran esfuerzo y es un placer conocerlo para los nietos”

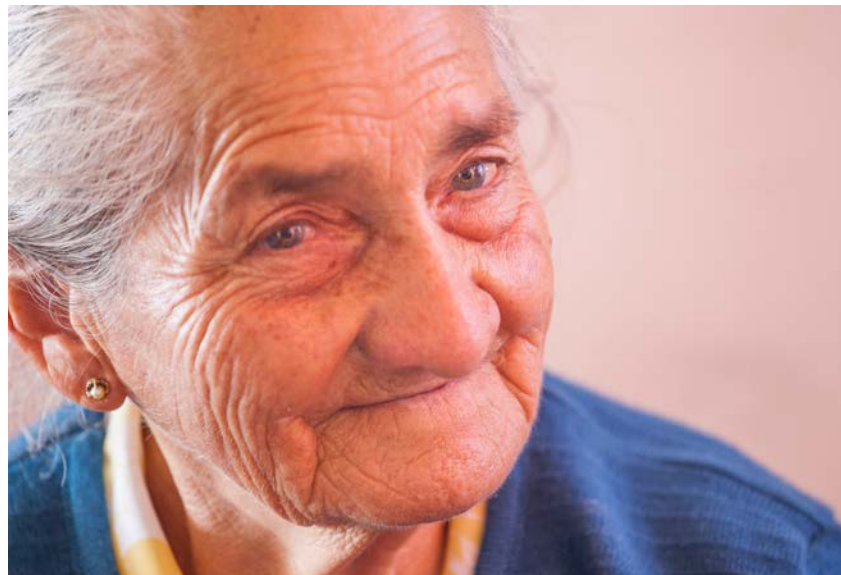
“Yo lo que mas recuerdo es el ferrocarril y lo que mas deseo es que vuelva el tren de pasajeros y tren de carga ya que quedo mucha gente sin trabajo”











***“Sierra Gorda y Baquedano son mi
felicidad para seguir viviendo”***